

Muñequita Linda

Lema: Honor

De lo que más me acuerdo siempre es de mi padre con su impecable traje de gala de Comandante y profesor de la Academia de Artillería de Segovia. Papá, que parecía uno de esos ministros militares que andan muy tiesos siempre y llevan guantes blancos sin poner cogidos en la mano izquierda y fajines rojos con arrugas bonitas y se inclinan con elegancia y les besan los dorsos de las manos a las damas en la fiestas del Día de Santa Bárbara. Cómo me acuerdo siempre de él y de aquellos tiempos en lo que amé la vida y él estaba vivo.

Han pasado muchos años de eso. Ahora, ya no soy joven y quisiera llorar. No puedo tomar sopa. Me lo dicen las monjas: “No puedes tomar sopa”. Me tiembla la cuchara y me pongo perdido mi chándal azul claro. Ya no soy joven, pero la gente de mi calle ahora me llama “Muñequita Linda”. Tengo setenta y cinco años, me tinto el pelo con agua oxigenada, vivo de la caridad y padezco *parquinson*, pero una vez fui Madrina de Honor del Real Colegio de Artillería en el Alcázar de Segovia . El destino o Dios o quién sea no debería hacernos envejecer de esta manera a quienes una vez fuimos algo así. Es tan duro el presente para algunas mujeres que se quedan solteras y tan solas. Tan ingrata la vida. Es tan triste ser joven y luego estar aquí.

Si me entrevistaran en uno de esos programas de la televisión, empezaría diciendo: La felicidad son instantes que tienen la velocidad de los pájaros y yo sólo tengo ganas de estar los ojos cerrados todo el santo día para recordar que en mil novecientos sesenta y cuatro me eligieron Madrina de Honor de Artillería en Segovia. Hubo verbena en los jardines del Alcázar y estuve bailando con casi todos los oficiales que iban vestidos de gala, con sus uniformes impecables pardos con cordones rojos y amarillos. Había un conjunto músico vocal buenísimo que se llamaba los Jánakkar, como una marca de motosierras que vende ahora el Curro, mi vecino de enfrente. Los músicos llevaban el pelo largo y unas camisas con lentejuelas que brillaban como las candelas y cantaban muy bien el *yellow river* y también tocaban casi todo lo de Beatlles y una canción de Los Pequeniques que se había puesto de moda aquel verano: "Tren transoceánico a Bucaramanga". Tengo muchos retratos de aquello. Vinieron el Gobernador Civil y el Alcalde para estar conmigo en el acto. Estuvieron también el obispo Gabriel, el Presidente de la Diputación, el Director General de Tráfico y un hombre muy guapo con el pelo ensortijado y cano que venía de representante del señor Ministro de la Gobernación española y otro de Defensa, esa palabra tan hermosa que le gustaba mucho a mi padre: de la Gobernación.

Sí, fui Madrina de Honor de Artillería y tengo muchos retratos de aquello y, cuando estoy un poco triste, los saco y los miro para reconfortarme llorando en el más absoluto y desolador silencio del asilo de monjas. Los tengo guardados en una vieja caja de latón de la carne de membrillo. Una vez estaba triste y los saqué y me puse a mirarlos para que se me quitara esa tristeza, pero me dio más todavía, con fuerza y sin motivo, me dio más

todavía y terminé llorando de una pena muy grande que se me agarró con mucha saña dentro, cerca del corazón, alrededor de las costillas, debajo de los pechos, casi en el centro exacto de mi alma, una pena que me suele dar frecuentemente cuando siento que una especie de viento arrastra bojas en mi espíritu de niña muerta que nunca se ha casado, de niña vieja que fue miss autoescuelas primero y luego miss Castilla La Vieja y luego Madrina de Honor de Artillería cuando a mi padre lo destinaron a Segovia.

Fue una noche magnífica. Olía a árboles, no sé decir a qué clase de árboles porque no conozco muy bien los árboles y para mí todos los árboles son marca árbol, pero olía muy fuerte a hojas de los árboles y al Licor 43 que llevábamos casi todos en los vasos y a ropa de estrena y a colonias, a toda esa olor revuelta que no se me ha olvidado todavía y que es la olor más hermosa del mundo, una olor de la que me acuerdo especialmente todos los años a principios de junio por las noches cuando dejaba abiertas por primera vez las ventanas de la sala de estar para que entrase la fresca. Olía muy dulce a eso y la gente iba muy bien vestida. Mi padre con su impecable traje de gala de Comandante del Ejército, que parecía, como he dicho al principio, uno de esos ministros militares que andan muy tiesos siempre y llevan guantes blancos sin poner cogidos en la mano izquierda y fajines rojos con arrugas bonitas y se inclinan con elegancia y les besan los dorsos de las manos a las damas. Mi madre iba de color azul índigo con un vestido largo con guatas y con un escote picudo que le daba un aire juvenil. Yo me puse un conjunto rojo que me estaba por encima de las rodillas y me hacía unas piernas muy bonitas y llevaba también unos zapatos de charol que todavía conservo. Allí estaba yo, una chica con veinte años con pechos soberbios y *parriba*, vestida como una princesa con

el pelo escardado cayéndome en mis hombros calientes y desnudos, con aquella banda blanca que me puso un general de pelo cano muy elegante y que todavía conservo metida en un cuadro con cristal y *paspartout* que tengo colgado en el comedor de mi casa de Segovia, mi pobre casa vieja que últimamente olía a cadáver de rata, eso dicen las monjas: “a cadáver de rata”. Yo, limpia y radiante, con colonia Channel y con aquel collar de perlas *majórica* que me compró mi padre esa misma mañana en una joyería muy céntrica. A los soldados de raso de raso daba gusto verlos también a todos con sus trajes de gala y sus gemelos en los puños de las camisas, y a sus familiares sanos y orgullosos de estar allí, con sus mejores trajes y sus corbatas lindísimas, porque lo más bonito de aquella época eran las corbatas, bueno y las faldas también, aquellas faldas que no llegaban a ser minifaldas, pero dejaban lucir muy bien las piernas y tenían unos cortes preciosos y se combinaban de maravilla con los jerseys estrechos que estaban tan de moda, aquellos jerseys que hacían el pecho tan bonito y nos quitaban años de encima porque con ellos todas parecíamos siempre mucho más jóvenes de lo que éramos e insinuaban muy bien las clavículas y la cintura limpia. Los guardias civiles con sus cintas amarillas sobre el verde radiante y sus vasos en las manos, sabiéndolos tener con tanta gracia como los tenían. Los concejales del ayuntamiento con sus chaquetas de botones dorados, encendiendo sus cigarros como hombres con clase, con aquellos mecheros chapados en oro a los que había que levantarles con soltura la tapa con el dedo gordo y luego los cerraban con un gesto elegante que ya no he vuelto a ver en la gente de ahora, un gesto que solamente he podido volver a encontrar en esas películas de Humphrey Bogart en las que fuma tantísimo y está tan guapo haciéndolo. Tantos hombres

importantes con sus pelos peinados para atrás, con sus rayas en medio, con su brillantina, porque entonces la gente rica se echaba brillantina, aunque entre los albañiles y los obreros estaba muy mal visto echarse brillantina. Aquellos hombres que tanto me sacaron a bailar y con los que a mí me hubiera gustado estar casada. Aquellos hombres elegantes de España que no me no me besaron la boca ni me apretaron contra sus pechos como yo hubiese de verdad deseado. Aquellos caballeros educados que yo hubiera querido que me hubieran besado la boca y apretado. Aquellos seres perfectos cuyas bocas hubiera querido yo besar y tantas veces he soñado besarlas que casi conozco el sabor que deberían tener sus dientes y sus labios. Aquellos oficiales jóvenes de los que me enamoré definitivamente de por vida, con los que yo hubiera deseado uso de matrimonio y relaciones carnales y haber tenido hijos que se comprasen golosinas con las vueltas del pan, como todos los niños se compran golosinas con las vueltas del pan. Aquellos guardias que bailaban tan bien con sus manos ardiéndome en la espalda y con su olor de macho calándome los huesos mientras yo les ponía mis manos de muchacha sobre sus hombros recios impecables. Aquellos oficiales y aquella noche hermosa en la que fui tan feliz, aquella noche que fue toda mi vida, que fue como la única noche de mi vida, aquella noche que me produce tener la impresión de no haber vivido años enteros, haber dejado de vivir años y lustros enteros, de sólo haber vivido aquella noche y nada más. Aquella noche y aquellos guardias que no puedo olvidar porque yo nunca he querido casarme con uno de esos hombres que envejecen trabajando y beben vivo malo y se quedan dormidos delante de la tele en los sofás de escay y les apesta el aliento y roncan y a la mañana siguiente se despiertan y eructan y te preguntan como para hacer gracia:

¿Quién le pondría al lomo: lomo embuchao, nena?, y empiezan otra vez la rutina de siempre y se mueren deprisa y sin ninguna dulzura.

Yo solamente he querido casarme con uno de aquellos militares que llegase a brigada como llegó mi padre. Yo, que siempre fui discreta y educada y correcta y cumplí con lo que había que cumplir. Yo, que me hubiera gustado mucho ser una de esas abuelas que les suelen hacer bacalao en salsa y arroz con leche a los nietos los domingos. Yo, que hubiera querido tener un puñado de esos nietos y nietas de nueve años que huelen mucho a tiza y a tergal. Yo, que nunca me he parecido en nada a esas desvergonzadas que tienen desparpajo y se casan con el novio que eligen. Yo, que fui miss autoescuelas y después miss Castilla La Vieja y después Madrina de Honor de Artillería en Segovia y salí en el periódico en una foto de a palmo que pilló media hoja entera en el Línea del lunes y también en el Hola. Yo, que salí en el Nodo y que me vio toda España cogida del brazo de aquel elegante general de pelo rizado y blanco y del Alcalde y del obispo, Catalina Gutiérrez Madariaga, *para servirle a Dios y a usted*, guapísima en la pantalla enorme de los cines de España, moviéndome de aquí para allá y sonriéndole a la cámara con mi cuerpo de muchacha de veinte años con los pechos *parriba* y mis piernas bonitas sin panza de conejo, porque yo no he tenido nunca las pantorrillas gordas. Yo, que quería ser artista o bailarina y hasta hice pruebas en Madrid durante los dos años y medio que estuve allí hospedada en una pensión que se llamaba "Ambos Mundos". Yo, que salí en la película *Bala Rasa* haciendo de azafata y diciéndole a Fernando Fernán Gómez: *"Haga usted el favor de guardarme un momento el necéser"*, y que salí también un poquito en las películas: *A la legión le gustan las mujeres*, *Botón de*

Ancla y El rey Salomón y la reina de Saba. Yo, Muñequita Linda para los albañiles de ahora y los muchachos lenguaraces y desvergonzados del instituto de mi pueblo y para mis vecinas que tienen malasombra y nunca se dan cuenta de lo sola que estuve tanto tiempo. Yo, que me tiembla la mano, que no puedo comer sopa y que hoy estuve triste y no sé de quién echar mano para contarle mi tristeza, una tristeza muy fuerte que me ha vuelto a dar después de la culpa de haberme comido siete profiteroles que nos dan las monjas todos los años el Día del Nacimiento para celebrar un poco la Navidad. Y estoy aquí, en este asilo, reseca y dolorida, como la mayoría de estas últimas tardes de mi vida, con esas ganas continuas de cerrar muy fuerte los ojos todo el santo día para recordar. Una niña vieja con varices en las corvas que come de más y tiene la aorta débil y *parquinson* en las manos y se marea por las tardes, una niña vieja que se acuerda sin querer de cuando íbamos a la escuela y los zagales les pinchaban a las ranas con la punta del compás y les cortaban con tijeras las antenas extendidas a los caracoles, primero los confiaban y después se inclinaban con maña y le cortaban la antena para ver lo que pasaba y el caracol se dolía de aquello y se acurrucaba con espasmos, como yo me conduelo ahora y me dan ganas de acurrucarme cuando empieza a anochecer y se me vienen a la cabeza aquellos guardias civiles tan hombres y tan educados que no me besaron nunca ni se enamoraron de mí como yo de ellos. Y se me vienen también a la cabeza mis padres, que los pobres se murieron sin verme casada, aunque hubiera sido con un entusiasta con el bigote rectangular, como decía papá cuando bebía mucho vino en las comidas. Ganas de acurrucarme porque ya no soy más que una de esas mujeres que envejecen solas y rezan rosarios y sufren por si a una flor le falta un pétalo.

Solamente eso: una solterona a la que se le ha arrugado la carne como una manzana vieja que se ha echado a perder, una muñeca rota a la que no le van a salir más calenturas en los labios y que se acuerda siempre de su padre con su impecable traje de comandante de Artillería, que parecía uno de esos ministros militares que andan muy tiesos siempre y llevan guantes blancos sin poner cogidos en la mano izquierda y fajines rojos con arrugas bonitas y se inclinan con elegancia y les besan los dorsos de las manos, y lloro mucho por él y por todo lo que viví aquel día, ésta que lo es, Catalina Gutiérrez Madariaga, Madrina de de Honor de Artillería en Segovia en 1964 para servirle a Dios y a usted, querido ángel terrible de la vida.